

Julio Scherer (1926-2015)

Su fervor por la verdad lo llevó a ser el disidente radical del sistema político mexicano. Fue un ejemplo de compromiso periodístico, pero también un hombre generoso en el trato personal. Su búsqueda de la justicia era inseparable de su cordialidad.

EL PROFETA EN SU TIERRA

HUGO HIRIART

1 967, TENÍA 25 AÑOS y estaba terminando mis estudios de filosofía en la UNAM, aunque era ya investigador auxiliar en el entonces Centro de Estudios Filosóficos, lo que me encaminaba a recibir una beca y salir a estudiar a Inglaterra, entonces en gran momento de efervescencia filosófica. Pero este destino se iba a desviar a partir de una llamada por teléfono de Julio Scherer a mi casa, al mediodía de un jueves cualquiera.

No conocía a Scherer, era yo totalmente ajeno al periodismo. Scherer me invitó a escribir en la página editorial de *Excelsior*, “queremos las ideas y opiniones de un joven”, me dijo. No sé quién le habría hablado de mí, tal vez Ricardo Garibay. Acepté, como todo joven, me sentía capaz de hacer lo que sea. No me di cuenta entonces, pero el delicadísimo mecanismo de relojería del destino humano se había ya echado a andar.

Fotografía: Cuartoscuro / Pedro Valtierra



Me pidió Scherer que le llevara dos artículos de prueba en una semana. Los llevé. Encontré a Scherer bajando la curva escalera de *Excelsior*, y ahí, los dos de pie, hablé con él por primera vez.

Aquí me detengo: hablar con Scherer, de lo que sea, era una experiencia impresionante, antes que nada por el calor que ponía en el trato, lindante con la extravagancia. Luego por el carisma que manifestaba.

Sé qué quiero decir, no sé cómo decirlo. Pongo un ejemplo cualquiera. En una entrevista con el Subcomandante Marcos, Scherer hace esta consideración: “¿Vale la pena vivir una vida sin dignidad ni esperanza?” Se refiere a los desamparados indígenas chiapanecos, y quiere averiguar si es por consideraciones como esta que se lanzó el Subcomandante a la lucha. Otro periodista habría formulado la fácil, lerda, pregunta “¿por qué se lanzó usted a la lucha?” Pregunta vana, nadie sabe por qué hace las cosas. Pero, sobre todo, obsérvese que Scherer ha elevado la estimación del asunto a un plano, digamos, filosófico, literario, en el que pregunta pensando en los indígenas, ¿qué pasa cuando una persona no tiene sentido de su dignidad? Y lo mismo, pero con mayor intensidad, qué sucede cuando falta la esperanza.

Brío literario —eludir los lugares comunes, sentir salubre horror por escribir o decir lo que dice todo mundo— tenía. Por eso, en parte, su prosa es tan fresca y sorpresiva.

Volvamos a la escalera de *Excelsior*. “Ninguno de estos dos artículos va a publicarse, este porque ya no tiene actualidad, y este porque es de arte y no de vida social, pero déjamelos para ver cómo escribes.” Fui un martes a *Excelsior*, salí y, ya en la calle, comí un taco de bistec en el primer establecimiento dedicado a esta especialidad que se abrió en la ciudad y que se situaba cerca del periódico. El jueves estaba bajo la regadera cuando mi padre llamó a la puerta y me dijo: “Oye, publicaron un artículo tuyo en *Excelsior*.” Así dio comienzo todo. Pasó algo de tiempo y la preparación de mi beca para ir a estudiar al extranjero avanzaba. Sin embargo, un buen día en que iba en un coche con dos compañeros de filosofía me quedé mirando un semáforo y de pronto expresé: no voy a ir a ningún lado, voy a dejar la filosofía y la vida académica. “¿Qué vas a hacer?” Literatura, voy a escribir, para eso tengo facilidad. “¿Y en qué vas a trabajar?” Y respondí: voy a entrar a trabajar al *Excelsior*.

Y entré. Scherer me envió a trabajar en TV Producciones Excelsior, que a la sazón dirigía Manuel Becerra Acosta. Manuel me citó en la fonda El Pato. Llegué. Ahí estaba Samuel del Villar, a quien ya conocía. Era el mediodía del 2 de octubre de 1968. Los tres juzgamos que hacer un mitin en Tlatelolco era una insensatez. Manuel me dijo que me presentara a trabajar al día siguiente en la avenida Chapultepec, frente a Televisa, donde estaban las oficinas.

Mi destino consumó su giro y se iba para otro lado. En este vuelco fue decisiva la fascinación que me producía Scherer encarnando el *appeal* literario del periodismo. Trabajé en el *Excelsior* varios años, nunca en cosas de periodismo cultural, que no me atraían entonces ni me han atraído nunca, sino en temas de política y vida social.

Me hice muy amigo de Becerra Acosta, razón por la cual, después del golpe a *Excelsior*, me fui con él al *unomásuno* y

no a *Proceso*. Pero mi relación con Scherer no se resintió y nuestros encuentros siguieron teniendo admiración, cariño y nunca interrumpida emoción.

Eran impresionantes en Scherer el entusiasmo, la capacidad seductora, el suave, casi siempre, don de mando. Era un artista del trato social. Al mismo tiempo una especie de profeta bíblico, vociferante a través del periodismo. Su inteligencia de la política era moral. Scherer pertenecía al reducido grupo de los maestros de la sensibilidad moral como Simone Weil o Albert Camus, por ejemplo, gente que sabe que la corrupción moral lleva a la destrucción; gente obstinada, sutil, valiente, capaz de enfrentar tanto el poder establecido como la agresiva necesidad de la gente.

Tú me sedujiste, oh Javé. Eres fuerte y fui vencido. Ahora soy la irrisión y la burla de todo el mundo. Les hablo y tengo que gritar: Ruina, devastación. Y me dije: No voy a pensar más en eso, no voy a hablar más en Su nombre: pero esto es dentro de mí como fuego abrasador, que siento dentro de mis huesos, que no puedo contener y no puedo soportar. (Jeremías 20: 7-9)

Bajo esta pasión el joven periodista Scherer fue ganando algo que es difícilísimo de lograr en México, país saturado de gente con conciencia moral cauterizada: esa cosa es autoridad. —

POSEÍDO POR LA VERDAD

ENRIQUE KRAUZE



Es un personaje extraído de la literatura rusa.” Me llevó tiempo confirmar la definición de Julio Scherer que me hizo alguna vez, por teléfono y de pasada, Octavio Paz. Yo admiré desde siempre su entrega al periodismo, la intensidad que irradiaba su persona, su valentía, pero ignoraba hasta qué punto su biografía se entiende solo en el cruce exacto entre la política y la fe.

Coincidimos muchas veces en la cafetería de la “Guay”, antes o después de nadar. Don Julio llegaba temprano como cualquier hijo de vecino y ejecutaba el ritual con parsimonia, escuchando las bromas de la gente en los vestidores. Sospecho que registraba los comentarios políticos con espíritu de encuestador: la “Guay” era un termómetro público que disparaba su imaginación periodística. Porque desde entonces tuve claro que había algo absorbente, implacable en la voluntad profesional de Scherer: su vida se regía semanalmente por el ritmo de *Proceso*. Lo importante era la noticia, la revelación, la historia, la denuncia de esa semana.

Alguna vez le propuse entrevistarle para *Vuelta*: el cazador cazado. Había leído varias de sus espléndidas entrevistas, pero mis favoritas eran dos: una con Octavio Paz, que había provocado la famosa polémica con Monsiváis; y otra con el terrible general Roberto Cruz, hombre que compensaba las almas que había enviado a la otra

vida con las criaturas que traía cotidianamente a esta. “Si Cruz temblaba de miedo frente a Calles, cómo sería Calles, y qué pantalones tuvo que tener Cárdenas”, le comenté antes de ponerlo en jaque. Sé que lo pensó a fondo, y finalmente se negó.

En esos desayunos fue revelándose algunos datos personales que me permitieron construir una pequeña hipótesis biográfica. Su abuelo había sido un hombre rico y notable durante el Porfiriato. El padre, en una situación económica muy comprometida, había sido maltratado por algún ministro prepotente de la era alemanista. El joven Julio, testigo del hecho, no lo olvidó. Para entonces, la genealogía materna había alimentado en él un sentido profundo de la justicia: su abuelo, don Julio García, había sido un dignísimo magistrado de la Suprema Corte en los años veinte. El golpe a *Excelsior* representó seguramente una reincidencia terrible de aquel agravio inicial, un acto en que la prepotencia del poder y del dinero se aunaba a la traición. Scherer me confesó que su ánimo en los días anteriores al golpe llegó a flaquear. La que no flaqueó nunca, y menos en ese momento, fue Susana, su mujer: “Vámonos, Julián”, le dijo después de oír aquellas palabras. Tengo para mí que ese “vámonos” selló su destino. Scherer se fue, pero no solo de *Excelsior*. Se volvió un disidente radical, absoluto, del sistema político mexicano.

De su carrera en *Excelsior* como reportero, como director, hablamos muy poco. Viajes, anécdotas, conversaciones, encomiendas en un diario que entraba a la intensa década de los sesenta con una legitimidad notable. La magnética, irresistible, festiva cordialidad de Scherer y su capacidad para reconocer genuinamente las prendas ajenas –sobre todo las intelectuales– explican el milagro de sus páginas editoriales durante su gestión en el periódico: todo el México intelectual escribía en ellas. Además de Cosío Villegas, recuerdo vivamente a cuatro autores: Rosario Castellanos, Jorge Ibarguengoitia, Samuel del Villar y el que sería mi gran amigo, Hugo Hiriart. Los domingos era una delicia hojear el *Diorama de la Cultura* que dirigía Ignacio Solares y en el cual no fallaba nunca el “Inventario” de José Emilio Pacheco. Y claro, estaba *Plural*. Sus ocho columnas eran una provocación cotidiana.

“¿Tiene que ser negra, difícil, escandalosa la realidad cada semana?”, le pregunté, bordeando mi única diferencia con él: la frontera entre la objetividad y el amarillismo. Fue imposible convencerlo. Si la noticia que publicaba me parecía cargada de amarillo, el color estaba en mi mirada o mis prejuicios, no en la realidad que probablemente era mucho peor.

Los diarios comerciales eran ilegibles por su banalidad. Los diarios oficiosos eran y siguen siendo un irritante cotidiano, meras cajas de resonancia de los políticos, como si cualquier frase que pronuncien sus labios mereciese el mármol de la inmortalidad. Los periódicos doctrinarios, los más leídos por los jóvenes universitarios, incurrieron en aquellos años de populismo nacionalista en un adocenamiento empobrecedor.

Durante todos estos años *Proceso* se ha mantenido intacto en la fe del público. La razón es simple: en *Proceso* el lector ha encontrado la verdad impublicable, la que se susurra en los casilleros de la “Guay”, la que los ministros sueñan

con acallar o suprimir. En sus páginas se encuentran los escándalos de corrupción, crímenes políticos, expedientes comprometedores, trayectorias personales, negocios ilícitos, transacciones dudosas, medidas erráticas, declaraciones contradictorias, puñaladas traperas, enjuagues secretos que integran esa tupida red de complicidades que sostienen al sistema político mexicano. “La prensa como negocio que depende del patrocinio –escribe Gabriel Zaid– tiende a decir lo que quieren sus patrocinadores, aunque los lectores sepan que están leyendo un comercial y tengan que recurrir al teléfono, la conversación, el chisme, los rumores, para conjeturar lo que pasa en silencio.” *Proceso* no ha estado al arbitrio de ningún patrocinio (con y sin mayúscula). *Proceso* solo ha dependido de sus lectores. Ha sido un instrumento, un vehículo, una plaza, un café, un voceador de la sociedad civil, no un departamento del poder.

¿Dónde está, entonces, el elemento religioso? En la fervorosa actitud de Scherer. En la búsqueda de esa noticia, de esa revelación, de ese reportaje Scherer, literalmente, empuñó la vida. Le fue la vida en atizar, semana a semana, la hoguera de la verdad, en expulsar a los mercaderes del templo, en exhibir al rey desnudo, en manchar el boato neoporfiriano con el lodo de las lacras mexicanas. No sé si la influencia de hombres como fray Alberto de Ezcurdia, Sergio Méndez Arceo, Vicente Leñero y su primo y colaborador Enrique Maza fueron determinantes en la forja de una personalidad como la suya, dominada por la convicción, tocada por el absoluto. Sé que jugaron un papel junto con su propia formación en escuelas confesionales. Fue la vida dura, el tránsito de la maravillosa casa familiar en San Ángel (la misma que ahora ocupa el Bazar del sábado) a las cloacas de la política mexicana, lo que moldeó un rechazo del sistema político mexicano tan categórico.

Frente a la monarquía de “pan o palo” de Porfirio Díaz, la cuña que podía apretar, la única del mismo palo, fue Ricardo Flores Magón. Frente a la situación actual, ¿qué hacer? Scherer en su momento no tuvo dudas; yo sí. Cabe el antídoto de *Proceso* –fuego periodístico– y cabe también el antídoto liberal, agua fluida de tolerancia, ponderación y diálogo. El primero vive poseído por la verdad; el segundo fundamenta una a una sus verdades fragmentarias. El primero está hecho de indignación, tiene una pasta religiosa; el segundo está hecho de crítica, su pasta es meramente humana.

Humana como la amistad. Scherer la practicó también con pautas absolutas, pero no de exigencia sino de lealtad, de atención, de sensibilidad, de compasión. Ya no lo veré en la “Guay” ni en el restaurante donde desayunábamos con frecuencia, año tras año. Casi nunca hablamos de política: hablamos de cada uno, no como papeles, como personas. Ya no veré esos brazos abiertos como aspas; su mano de pensador rodiniano sobre la frente mientras lo absorbía la lectura de un libro; su cabellera gris, desordenada, crespa, y, sobre todo, su sonrisa noble, pícaro, triste en el fondo. Ya no podré gritarle “Don Julio”, acercarme a él y expropiar el único gesto salvable de la política mexicana: el abrazo. –